

LOS MISTERIOS DE BARCELONA

LA SECUESTRADORA DE NIÑOS

ENRIQUETA QUIERE AHORCARSE

Esta mañana sacudí mis nervios una grave noticia. Enriqueta Martí había querido suicidarse por segunda vez.

Corri hacia la cárcel. Había en las amplias escaleras un olor grato á espliego quemado. ¿Habrá muerto?, pense. No, no había muerto. Dos vigilantes me dieron satisfactorias noticias. Después, el practicante Joaquín Cenollosa, que ve con frecuencia á la Martí, me confirmó en estas noticias, digámoslo así, gratas.

Enriqueta ha mejorado notablemente. Su rostro vase coloreando; se levanta del lecho durante algunas horas, y habla con las cuatro reclusas que la custodian. A veces hasta ríe.

—Y además—añade Cenollosa—come ya lo mismo que una bestia.

—¿Sí?

—Hasta vino pide la condenada. Esta mañana se echó al colete un gran vaso. Y se puso muy contenta, y la brillaban los ojos. Se acostumbra al buen trato de la cárcel, no quiere rancho, sino magras. Esa mujer lo entiende.

—Entonces, el rumor de su atentado no resulta cierto. No quiso suicidarse.

—Algo hay. Pero los periódicos todo lo exageran. Es natural. El público pide sensación.

Mientras hablo con esos empleados de la cárcel, su director, Sr. Nieves, y tres médicos, D. Adolfo Prat y los Sres. Bravo y Ortiz, están cerca, cerquísima, en la estancia donde Enriqueta yace. A poco, cuchicheando, se aproximan corredor adelante. Me acerco.

—¿Cómo está esa mujer?

El Dr. Prat, muy serio, con unas grandes gafas de médico antiguo, responde:

—Mejor. Tiene casi normal el pulso. Creo que podrá recibir al juez y prestar declaración.

Luego me quedo un instante con el señor Nieves.

—¿Qué hay del suicidio?

—Se ha exagerado un poco.

—Cuénteme.

Hablamos largamente.

Enriqueta Martí padece afán suicida. Ahora está un poco atenuado. Vive mejor, y como no está enterada del sumario, cree hallarse casi libre de cargos comprometedores. Así y todo, sufre depresiones horribles. Está en su lecho, fija, ensimismada, con una mueca de angustia en la boca, con un fulgor de miedo en los ojos. Por su frente pasan sombras tétricas. Da pavor contemplarla. El espectro de su crimen, de sus crímenes, la rodean, la cercan, haciéndole padecer en un tormento silencioso y bárbaro. En estos instantes, la celda se entenebrece más. Las paredes están más sucias; la luz es más triste; las vigilantes se quedan más calladas; el espectáculo es más siniestro. De pronto ha cogido Enriqueta sus cabellos y se los ha anudado bajo la barbilla, como un dogal. Tira, forcejea, se agita anhelando la muerte, queriéndose refugiar en la muerte. Pero es en vano. Aquellos cabellos cortos y débiles no bastan. Y entonces la criminal se deja caer desfallecida, derrumbase sobre las almohadas. Y entonces, atormentada por sus recuerdos y por sus impotencia, solloza, solloza.

—¿Qué opinión tiene usted cerca de la Martí, señor director?

—No tiene talento. Es inculta, brutal. Tiene sólo una gran astucia y un espíritu reflexivo, que le hacen medir bien sus palabras antes de soltarlas. Como todos los seres que viven en ambientes de criminalidad, es precavida y recelosa.

—¿Hay en ella supersticiones?

—Sí.

Me voy confirmando cada vez más en mi opinión. Es una desequilibrada, claro que delincuente, bruja, hechicera, endemoniada y malsín, que hubiera sido quemada en una plaza pública, como lo fueron sus hermanas de otros días.

—¿Qué hay de sus declaraciones?

—Pues bien sencillo. Anoche me llamó para decirme que deseaba hablar con el juez. Creo que vendrá el Sr. Prat esta misma tarde.

—¿Hablará claro Enriqueta?

—Lo dudo. Tiene muchas conchas ese galápagos.

Estoy un instante más con el amable, inteligente y laborioso Sr. Nieves, y me despedido ganoso de proseguir mis andanzas.

UN DELITO PROBADO

Ignoro por qué razón se le ha dado escasa trascendencia en el ambiente periodístico á lo que voy á relataros sucintamente.

Algo sabréis, pero conviene fijarlo, pues tiene una gravedad enorme. Me refiero al niño Pepito, que ha sido—fijaos bien—asesinado por Enriqueta Martí.

Pepito era un niño de cinco años, que vivió con Enriqueta, que no era hijo suyo, que era por ende un secuestrado más. Rubio, espigadito, encantador, conmovía el corazón de las gentes buenas, arrancando frecuentes limosnas. Pues bien; este niño ha sido asesinado por la infame.

El niño desapareció de pronto entre los días 24 y 27 del pasado mes. Cuando la gente preguntaba: “¿Qué ha sido de Pepito?”, Enriqueta respondía siempre: “Nada. Se puso malito y lo llevé fuera de Barcelona para que se cure.”

Al ser detenido Pablo Martí—ya dije yo que Pablo Martí es cómplice de todos estos dramas,—el perspicaz policía Sr. Sánchez le dijo: “Ya están recogidas las niñas.” Entonces el padre de Enriqueta, convulso, aterrado, dejó escapar una pregunta comprometedoras: “¿Y el niño?”

El niño es Pepito. Pepito ha sido asesinado por la Martí. ¿Pruebas? Su desaparición sin rastro ya es buena prueba; el desconcerto de Pablo también lo es. Pero hay algo más, mucho más. En la casa de la calle de Poniente fueron encontradas unas ropas con manchas de sangre. Entre esas ropas hay una blusita de niño pequeño.

Pues bien; una criada del Liceo Poliglota, sociedad cuyos umbrales frecuentaba mucho, como pordiosera, Enriqueta Martí, ha visto esa blusita y ha exclamado:

—Sí, sí, recuerdo esa blusa. Esa blusa la llevaba siempre el niño Pepito.

¿Lo dudáis? ¿No está probado, absolutamente probado, este infanticidio? Yo, al conocer en todos sus horribles, monstruosos detalles crimen tan bestial he sentido ira. ¿Pepito! ¿No imagináis la inicua escena? Yo lo veo entre las manos de la infame, lloriqueando, defendiéndose quizá con sus puñitos débiles. Veo fulgir el cuchillo. Veo caer doblando, lívida, la rubia cabecita in-

cente. Oigo lanzar un aullido frenético, saltar á la arpa. Veo á Pablo Martí contemplar la escena con sus ojos taimados. Lo veo limpiar con sus manos trémulas las hue-llas que ha dejado por doquier, aquella sangre tibia, clara, pura...

Es brutal, inconcebible toda esta maldad. La fantasía, por un camino monstruoso y dantesco, se pierde, se anonada. Yo veo al niño descuartizado, veo sus huesecitos, sus grasas...

LA BELLA NENA

¿Te place, lector, un detalle frívolo? Será un leve reposo en este calvario de ignominias.

En casa de la Martí ha sido encontrado un retrato de mujer. Nadie sabía quién fuese esta mujer. Hubo conjeturas, cábalas. Por fin, alguien reflexionó: “¡Caramba, si es la Bella Nena!”

La Bella Nena es una artista del Edén-Concert, una muchachita muy bien teñida de rubio, que hace locuras bailando.

En pleno Concert fué concitada para declarar ante el Juzgado. Imaginaos el susto de la Bella Nena. El espiral de los procedimientos judiciales forma á veces laberinto tan profuso, que sin culpa de nadie, el más pintado cae preso. La Bella Nena, que ha hecho esta reflexión, ha sufrido un pánico terrible. Ya se veía enjuiciada, encarcelada, ahorcada, pendiente su figurilla funambulesca, su melenita, pintada, trágicamente cómica, de un palo.

—¿Es usted la Bella Nena?

—Sí, señor.

—¿Es usted amiga de Enriqueta Martí?

—Nunca la he visto.

—Haga memoria.

—La hago y no recuerdo.

—Pues hay seguros indicios que denotan estrecha amistad.

La Bella Nena palidece, se atraganta, balbuce. Entonces, para confundirla, le enseñan el retrato hallado en casa de la Martí. Y entonces la Bella Nena tiene un gesto iracundo, épico.

—¿Que yo soy este adefesio? Si esta señora es más fea que Picio.

Fué tan ingenua la frase, que el recelo trocóse en risa. La Bella Nena fué despedida con toda clase de miramientos. ¡Oh, corazón femenino! Mientras se le llamaba criminal, la Bella Nena temblaba. Cuando se la llamó fea, gritó. ¡Oh misterioso corazón femenino!

ROSA ANDREU

Rosa Andreu na sido amante de Juan Pujaló cuando Juan Pujaló poseyó su tienda de herbolario. Juan Pujaló tiene también su corazoncito, ¡pardiez! En cuestiones de amor, Juan Pujaló no se muestra demasiado vegetariano. Rosa Andreu es gorda, carnal. Ya dije que Juan Pujaló, como todos los grandes artistas, es un poco versátil.

Pues bien, Rosa Andreu niega haber sido amante suya. Vecinos de la calle de Riera Baja aseguran lo contrario. ¿Qué significa esto? ¿Por qué niega su barraganía Rosa Andreu? ¿Lo negará, pusilánime, virginal, ruborosa? ¿Lo negará por miedo á compromisos? Lo primero sería un poco aventurado creerlo. Lo segundo resulta peligroso para ella y para Juan Pujaló.

Yo, discreto, no quiero avizorar este asunto. Lo único que me consterna es esa negativa. “¡No he sido amante de Pujaló!” ¡Otra vez el corazón femenino! Todos los grandes hombres han padecido traiciones, asechanzas. ¡Humanidad, Rosa Andreu ha negado á Juan Pujaló!

ENRIQUETA SE EMOCIONA

A las tres de la tarde llegó el juez, señor Prat, á la cárcel de mujeres. Enriqueta Martí, como antes queda consignado, ha-